

Literatura. Marcos Giralt Torrente desgrana los lazos familiares en su nuevo libro de relatos, 'Mudar de piel'

GIRALT TORRENTE Y LA SOLEDAD EN COMPAÑÍA

POR MATÍAS NÉSPOLO
BARCELONA

La lectura de Alice Munro funcionó como acicate o disparador para construir desde la ficción una suerte de «estampas de la memoria», dice. En concreto, se refiere a lectura de la obra autobiográfica *Mi vida querida* de la canadiense, pero también orbita en su prosa narradores muy afines como James Salter, Don DeLillo o E.L. Doctorow. Y para rizar el rizo aún más, saca otro nombre de peso

de la chistera que no resulta nada inocente a juzgar por el efecto que produce su nuevo libro, similar al del americano. «Digo medio en broma o medio ensayo que son nueve cuentos por los de Salinger. Creo que los cuentos siempre tienen que ser impares, equilibrados y con un centro».

Quien habla es una de las voces más singulares de la narrativa española de las últimas décadas, Marcos Giralt Torrente (Madrid, 1968) y lo hace a cuenta de su contundente nuevo libro de relatos *Mudar de piel* (Anagrama), con el que regresa a las librerías ocho años después de la celebrada novela autobiográfica *Tiempo de vida* (Premio Nacional de Narrativa y Premio Strega Europeo). Al leer el libro de Alice Munro, pensé que podría ir por allí, pero haciendo ficción: narrar episodios humildes de la vida de algunas personas que explican muchas más cosas», señala. Y vaya si lo consigue en estas nueve piezas engañosamente sosegadas en las que padres, hijos, parejas o hermanos narran



El escritor Marcos Giralt Torrente. ANTONIO HEREDIA

escenas, situaciones o recuerdos no tan alejados en el tiempo, cuyo sentido último trasciende con creces la mera anécdota que cuentan.

«Solo me interesa la literatura cuando me enseña paisajes morales en los que no es fácil posicionarse», afirma categórico el narrador madrileño. «En ese territorio

es en el que siempre se mueven mis ficciones», añade. Y en el caso concreto de las recogidas en *Mudar de piel* se trata de «mi territorio de las soledades en compañía», dice. En definitiva, las mismas soledades desde diferentes enfoques narrativos, para conformar «una atmósfera homogénea y compartida.

La intención de Giralt Torrente era «hablar de familias muy variadas, conformar un mosaico familiar pero a través de un mismo narrador con distintos trajes», explica, en relación al lugar que ocupa el que cuenta en cada caso la historia, si el lugar de hijo, hermano, padre o pareja. Cosa que invita a leer la colección con el «tono de una novela, pero a través de la densidad de la atmósfera, no mediante la argucia de un argumento común entre los cuentos o personajes que se repiten», dice.

La unidad de los relatos que persigue el autor, por lo tanto, no pasa por tramas ni personajes y es mucho más sutil. Esta unidad tiene que ver con la metáfora del cambio» que refiere el título de la colección. «La realidad siempre es incompleta o deficitaria», explica Giralt Torrente desgranando en un solo movimiento su posición vital frente al oficio narrativo. «La llave maestra que revele ese déficit de la realidad no existe, pero sí la posibilidad de reconciliarte con él», señala. «Todos los

personajes de este libro consiguen de algún modo reconciliarse con la realidad que se les presenta incompleta».

Ello ocurre claramente en el cuento central que da nombre a la colección y también de un modo explícito en el primero del libro, *Lucía y yo*. Dos relatos narrados desde la posición de hermano, «un misterio», buscado adrede por un narrador hijo único. «que es tipo de marcas explícitas. «Esa extraña complicidad entre hermanos, la comprensión automática que se da entre los que tienen vivencias comunes y parten del mismo lugar, a pesar de que los recorridos puedan ser muy distintos, siempre significó un misterio para mí», confiesa.

En ese sentido, los narradores hermanos, además de niños o adolescentes en varios relatos, vuelve a situarlo en un territorio Salinger y Giralt Torrente no lo niega, al contrario. «Me interesan los narradores adolescentes porque en ellos la mirada extrañada es mayor».